

Bien se piensa que estos no habian salido con los bolsillos vacios del hotel de las Torrecillas; pero por desgracia la moneda que tenian era de su fabrica, y la emision de esa moneda era ya tan difícil como peligrosa.

Bien que mal, sacaron partido de ella.

Lo mas difícil no era eso, sino volver á llenar las bolsas una vez vacías, porque les faltaba completamente la herramienta para continuar en el ejercicio de su honrada industria.

Primeramente todos se reunieron para comunicarse los expedientes que podrian ocurrir á cada uno.

Despues de varias deliberaciones, convinieron en que intentarían apoderarse de la herramienta que estaba en las cuevas del hotel de las Torrecillas.

La expedicion era peligrosa; pero hombres que pasan junto á la horca trescientas sesenta y cinco veces por año, no se detendrian en consideraciones de esa naturaleza.

Para ellos no se trataba de saber si eso era peligroso, sino si era posible; y la operacion fué juzgada posible.

Una noche se presentó un peregrino de barba blanca, al conserje del hotel de las Torrecillas, quien con algunos palafreneros y otros criados de escalera abajo, componian en aquel momento todo el personal de aquella inmensa casa.

El devoto anciano dice que viene de la Tierra Santa, de donde trae muchas reliquias, gracias á las cuales habia hecho en el camino multitud de cosas milagrosas, que le valieron la hospitalidad, en casa de muchas gentes honradas, y le permitieron llegar sano y salvo á Paris, aunque no poseía ni un dinero, porque hizo voto de no tocar ni una pieza de moneda durante su larga y penosa peregrinacion.

Por esto, sin dinero como lo está, se informó al entrar en la capital, de una casa donde pudiera hallar un pedazo de pan y un asilo solo por aquella noche, proponiéndose partir al dia siguiente al amanecer; y le habian dicho que en el hotel de las Torrecillas, que estaba casi inhabitado siempre, eran bien recibidos los peregrinos, porque no faltaba local, y porque los que guardaban aquel lugar eran gentes honradas y caritativas.

Ahora bien, un peregrino que volvia de la Tierra Santa, era entonces en toda Europa un personaje digno de respeto y de veneracion; se prosternaban las gentes ante las reliquias que traía, y le escuchaban con avidez, porque no habia uno que no hiciera las narraciones mas maravillosas.

Abrigar á hombres tan santos era, pues, uno de los deberes con que se cumplía empeñosamente.

Era casi cierto que aquel de que tratamos seria bien acogido en el hotel de las Torrecillas, donde habia lugares amplios, y unos guardianes ociosos comian cerca del fuego.

Esto fué lo que sucedió.

El santo personaje no solo tuvo un pedazo de pan, como lo habia pedido, sino



que le hicieron sentar á una buena mesa, donde las jarras de vino se sucedieron rápidamente con el objeto de hacerle hablar, lo que, por otra parte, era cosa muy fácil, porque el anciano estaba sobre este punto admirablemente preparado.

El peregrino habló bien y mucho tiempo.

Sin embargo, como no era cosa de no acabar, al concluir su última narracion comenzaron sus ojos á cerrarse.

Entonces le instaron para que se fuera á la cama que le habian preparado; pero como estaba tendido en un gran sillón de madera, cerca del hogar donde chispeaba un buen fuego, dijo que acostumbrado á acostarse en cama dura y no desnudarse, nada le seria mas agradable que pasar la noche en aquel sillón donde se hallaba tan bien.

No quisieron rehusarle esa satisfaccion.

El reloj de la iglesia de San Pablo acababa de dar la una de la mañana.

Ese golpe único y resonante no perturbó el sueño de las gentes que cuidaban el hotel de las Torrecillas; pero para el fingido peregrino, fué la señal de una operacion muy poco edificante, y á la que sin embargo se entregó con un ardor enteramente juvenil.

Sin inquietarse por su hermosa barba blanca, que se habia fortuitamente y de una sola pieza quitado de su rostro, se levantó quedo de su ancho sillón, sacó de sus bolsillos ciertos adminículos, tales como cuerdas y mordazas, con las que adornó tan bien la dormida persona de su benévolo huésped, que el honrado albergador de peregrinos, se halló en un instante en la imposibilidad de dar un grito y de hacer un movimiento.

Y luego, como sus bolsillos eran anchos y profundos, sus instrumentos numerosos y sus puños de una fuerza muy notable, fué á amarrar del mismo modo á los otros servidores, quienes se soñaban en el templo de Jerusalem y en el jardín de los Olivos.

Hecho eso, fué á abrir la puerta exterior á ciertas gentes que le esperaban agazapadas bajo el pórtico del hotel, para escaparse de las miradas muy medianamente escrutadoras de los soldados del vivac.

Entonces, una loca alegría, una especie de delirio se apoderó de todas aquellas gentes, quienes se habrá adivinado que no eran otros sino los antiguos compañeros de Papelón.

Primeramente armaron una francachela, vaciando jarras y comiéndose cuanto encontraron.

Despues, sin perder la cabeza, y tan buenos ladrones como eran, llenaron sus bolsillos, que hacia tiempo estaban vacíos.

Luego bajaron á las cuevas y se apoderaron de toda la herramienta de monedero que habia allí, y como habian tomado hábilmente sus medidas, lograron trasportar todo ese material á las Tullerías, nombre de una choza salvaje situa-

CAPILLA ALFONCINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

da mas allá del viejo Louvre, y que debía su nombre á algunas fábricas de tejas establecidas en su territorio.

Allí habia establecido la honrada asociacion su cuartel general, en una casa bastante anchà y medio subterrànea.

La autoridad no se arriesgaba á explorar esos lugares, que por otra parte estaban perfectamente guardados por centinelas casi invisibles, y en caso de ataque, el retiro estaba tan hábilmente oculto, que se podia estar en él con seguridad.

Esos hombres que, segun se ve, habian hecho un todo de sus fuerzas físicas é inteligentes, no tardaron en reconocer que todo eso era insuficiente para llegar al fin que se proponian, porque algunos de entre ellos que creian haber sorprendido el secreto de Papelon, no tardaron en confesar su impotencia.

Entónces, salió de entre esos hombres este grito que proclamaban el poder ausente:

—Dónde está Papelon?

Dónde estaba Papelon?

Esto no era fácil de descubrir, porque entonces no habia diarios que hicieran vivir con sus anuncios á todo aquel ejército de pobres escribientes imponiéndoles la mentira y la alabanza mas desenfrenadas, lo cual es todo uno, y conteniendo la cuenta de los hechos y de los gestos de los bandidos, ladrones, monederos falsos, &c., &c.

El maestro de pícaros habia cambiado tan rápidamente de condicion, que era casi imposible que sus antiguos amigos dieran con él; pero la gente de este temple no se desanima fácilmente.

—Busquemos,—se dijeron,—y hallaremos.

Y comenzaron á recorrer tabernas y garitos, cortando por aquí y por allí algunos bolsillos para entretener sus manos y subvenir á las necesidades del momento.

Cada noche, al dar la queda, se reunian todos, y ponian en el fondo comun el botin del dia; pero era poco á causa de la desgracia de los tiempos, y los desgraciados ladrones estaban sometidos á la congrua, que es la peor de las condiciones para gentes de esa clase.

Miéntas tanto, léjos de disminuir la intensidad del frío, aumentaba diariamente.

La miseria era horrible entre el pueblo de la capital.

Hombres, mugeres, niños, lanzados por la hambre fuera de sus hogares, caían de inanicion en las esquinas de las calles, en medio de las encrucijadas, donde se quedaban abandonados sus cadáveres he'ados.

Entonces se produjeron hechos monstruosos, y que serian enteramente increíbles, si no hubieran sido atestiguados por los escritores de aque tiempo, y si no estuvieran consignados en el *Diario de Paris*, del reinado de Carlos IV.

Innumerables bandas de lobos invadieron Paris por el rio que estaba helado, y devoraron, no solo los muertos abandonados, sino tambien á los vivos.

Hé aquí lo que dice el autor del diario que citamos:

“Y cogian los perros, y se comieron un niño, de noche en la plaza de los Gatos, detras de los Inocentes....”

“En ese tiempo especia mente, estando el rey en Paris, los lobos estaban tan rabiosos de comer carne de hombres, de mugeres y de niños, que en la última semana de Septiembre, estrangularon y se comieron catorce personas grandes y pequeñas, entre Montmartre, y la puerta de San Antonio, en las viñas y en los pantanos.

“Y si hallaban un ganado de béstias, asaltaban al pastor y dejaban á las béstias.

“Vinieron repentinamente á Paris y estrangularon á cuatro mugeres, y el viérnes siguiente mordieron á diez y siete, de las que murieron once de sus mordidas.

“Pero para los parisienses, dice Dulaure, los lobos eran ménos temibles que los caballeros, los señores, y los bandidos llamados *escorcheurs* que venian detras de ellos, y que robaban, incediaban y mataban hasta en los arrabales de Paris.”

A todas esas plagas, es preciso añadir el derecho de presa, segun el cual los servidores del rey estaban autorizados á apoderarse de todo lo que les convenia en los lugares donde residia el monarca.

Se puede juzgar de lo que era ese pretendido derecho, por una ordenanza de Carlos V, quien sin lograrlo habia intentado moderar esa esaccion.

Hé aquí el preámbulo y las principales disposiciones de esa curiosa Ordenanza:

“Muchas personas se quejan de las presas que ha tiempo se han hecho en Paris, y que aún se hacen ahora.

“Las carretas, el trigo, el vino, el heno, la avena, la paja, el forrage, los colchones, las almohadas, las sábanas, los corbetores, las cofias, el ganado, las aves, las mesas, los bancos y otros objetos, son tomados para proveer nuestro hotel, los hoteles de la reina, de nuestros hermanos, de nuestro condestable y de otras casas, lo cual impide que los víveres y las mercancías sean llevados á Paris para proveer esa ciudad.

“Muchos de los buenos habitantes de los arrabales están para partir y abandonar sus casas, á causa de los daños y de las graves pérdidas que sufren por dichas presas.

“Los habitantes del campo no quieren trabajar la tierra, ni sacarle ningun fruto.

“Muchas tierras y grandes propiedades permanecen sin cultivo, porque se quitan de ellas los caballos, el heno, la avena y los otros forrages destinados á alimentar; porque se les quitan los carruages, los arados, el ganado, las aves, y otros bienes necesarios para el aimento de los labradores.

“Si este abuso durara mas tiempo, y si aquellos contra quienes se ejerce no

quedaran pronto preservados contra los *apresadores*, esos desgraciados abandonarían el país, ó se verían reducidos al último grado de miseria.

—“Teniendo piedad y compasión del pobre pueblo, mandamos que ent lo de adelante cesen toda clase de *presas*;

—“Que ningunos *apresadores* ni oficiales sean quienes fueren, tomarán ni harán por ellos ó por otro, sea cual fuere la causa, tomar en nuestra buena ciudad de París, ni en sus arrabales, ni en otros lugares del reino, para proveer nuestro hotel y los hoteles de los príncipes nuestros parientes, ninguno de los objetos arriba dichos; esceptuándose solamente los colchones y almohadas para nuestra cámara, el heno, la paja, y la avena para los caballos de nuestro servicio, y para el de la reina y de los príncipes.

—“Queremos que el heno, la paja y la avena sean pagados inmediatamente á su justo precio, y que se pague también el alquiler de los colchones y de las almohadas.

—“Y para que en París se pueda hallar fácilmente el heno, la avena y otras cosas, sin recurrir á las *presas*, queremos que en esta ciudad, lo mismo que en el vizcondado, no se haga ninguna presa, sino con el consentimiento de los dueños y pagándolos á su justo precio, inmediatamente y ántes de llevarlos.

—“Mandamos á todos los *aprestadores*, &c.”

Esta ordenanza, que no era ejecutada, puede, segun hemos dicho, dar una idea del desórden y de la miseria de aquella época.

No habia abundancia de bienes, mas que en los hoteles de los grandes señores.

Y, la hambre que, segun el proverbio, habia echado á los lobos fuera del bosque, no podia dejar bien pronto de echar de sus parages habituales á los compañeros de Papelon.

Un dia que esas honradas gentes, hambrientas y consternadas deliberaban en su casuca sobre los medios que habia que tomar para no morir de hambre, uno de ellos, que tenia á la vez mas inventiva y mas audacia que los demas de la banda, y que al mismo tiempo que escuchaba á los demas, miraba por la buharda cerca de la que estaba colocado, exclamó de repente señalando la torre de Nesle que se veía desde allí:

—Ah! compañeros, no tendríamos necesidad de pensar en procurarnos vituallas, si pudiéramos entrar á la sordina en aquella torre, donde se han cometido pecados tan grandes y tan pequeños.

—Qué estás diciendo ahí, Ferluche, le respondió uno de aquellos á quienes se dirigia. Nos conviene acaso enseñar las caras en esos lugares tan bien guardados?

—Hum!—hizo Ferluche,—no hay perro que ladre si tiene que morder.

—Tanto valdria,—dijo otro,—hablar de saquear el Louvre.

—Compañero,—replicó Ferluche,—no digamos no á nada, porque no hay cosa, por difícil que sea, que una grande voluntad no puede llevar á cabo.

Durante este coloquio, el maese ladrón continuaba dirigiendo sus penetrantes miradas hácia la famosa torre.

Ecsaminaba sus diversas salidas, y lo que sobre todo habia llamado su atención era una larga cuerda pasada por una polea que salia del piso superior, destinada á sacar agua del rio para las necesidades de la residencia, y tambien para la puerta del agua, muy abordable en ese momento, porque el Sena continuaba helado de tal modo que por él pasaban carrros y caballos.

—Ah!—exclamó,—si pudiera yo solamente subir á ese nido de donde pende la cuerda!

Pero eso parecia imposible, porque la cuerda no pendia hácia fuera mas de una brazada, pues lo helado del rio impedia que se hiciera uso de ella.

Con todo, ántes de desechár completamente la idea que habia surgido en su cerebro, resolvió ecsaminar las cosas mas cerca, y dejando á sus compañeros entregados á sus reflexiones, salió para hacer lo que habia resuelto.

Pronto llegó delante de la torre.

Pero mientras mas cerca estaba, mas difícil le parecia penetrar en el interior, y ya iba á retirarse muy poco satisfecho de su ecsámen, cuando la puerta del agua se abrió bruscamente y dió paso á un escudero, cuyas espuelas doradas resonaban en el hielo como hubiesen resonado en un enlosado.

Al verse frente á frente los dos personajes se detuvieron al mismo tiempo.

—Papelon!—exclamó el explorador.

—Ferluche!—dijo el escudero en el mismo tono.

—Ah! maestro,—replicó Ferluche, admirando el brillante traje del antiguo y famoso monedero,—ya no me admiro de no haberos hallado en los lugares donde os buscamos, puesto que en tan buena hora salís en ese traje de una morada de príncipes.

—Y para qué me buscábais, Ferluche?

—Porque sin vos, maestro, no tenemos mas que brazos y nada de cabeza.

—Y como por la cabeza se ahorca á las gentes de nuestra especie, bien os está no tenerla.

—Y con todo, pronto nos ahorcarán si no venis en nuestra ayuda, y á pesar de ello no tendrémós que quejarnos, porque no hay peor verdugo que la hambre.

—Ya! Compañeros, no os he dado leal y mucha parte de los dineros que escaparon de las garras del duque de Orléans, á quien el diablo tenga en su albergue?

—Maestro, no hay moneda que no se gaste, aun la que sale del Louvre, y que ha sido hecha en el rincon del rey por los hermanos del hotel. Así es que se ha gastado la nuestra que no venia de tan buen lugar, y de la que sin embargo estábamos tan satisfechos, que no quisiéramos por ahora mas que llenar con ella nuestras escarcelas.

Papelon frunció el ceño, porque adivinaba lo que se queria de él, y ya no estaba dispuesto á afrontar la horca por un pecado tan pequeño, él que nadaba en

las grandes aguas reales, y que por la gracia de la bella y famosa Isabel, bebía con abundancia de ese Pactolo.

—A cada uno su carga, Ferluche,—dijo despues de un momento de silencio; mucho tiempo he llevado la mas pesada, y no quiero volver á tan rudo trabajo.

—Maestro, no podeis ser rey en el hotel de Nesle, y seréis rey absoluto entre nosotros.

—Ferluche!—hizo Papelon enderezando todo su cuerpo,—soy rey donde me place.

El astuto compañero permaneció algunos segundos sin poder replicar.

Acababa de conocer una parte de la verdad.

Papelon, tan ricamente vestido, saliendo por la mañana y por la salida ménos practicable de la torre de Nesle, donde se sabia que estaba la reina en ese momento... todo eso significaba algo.

—Sire,—dijo desvergonzadamente,—puesto que sois rey, os pedimos largueza, como buenos, antiguos, y fieles servidores.

—Y lo harémos, mancebo, si jurais por la cruz de Nuestro Señor, guardar sobre esto un silencio absoluto.

Ferluche tenia el estómago demasiado vacío, para pensar en su conciencia, instrumento demasiado elástico por otra parte, para que pudiera temer imponerle una carga pesada.

Prometió, pues, y aun juró todo lo que quiso su antiguo gefe, quien obrando magnificamente, sacó de su escarcela diez escudos de oro, y los puso en la mano de su antiguo cómplice.

Aun estaba Ferluche admirando las piezas que probaban aquel acto de magnificencia, cuando el escudero favorito de Isabel habia ganado terreno, y desaparecia en la playa que conducia á la residencia de Nesle.

Pero el pícaro habia descubierto el manantial; le habia hecho saltar, y no era hombre que le dejara agotar por falta de estimulantes.

Como buen compañero que era, su primer cuidado fué correr á la casaca donde habia dejado á sus amigos, y poner ante sus ojos deslumbrados el peculio que debia mitad á la casualidad, y mitad al temor que habia inspirado al antiguo gefe de la banda el encuentro de ese personaje.

—Muchachos!—dijo:—bebamos, comamos; luego razonarémos, y por el diablo que despues tendrémos mejor provecho.

—Ferluche! te has hallado algun saco escondido y helado, y en él gentes muertas de frio.

—Compañeros, no os cuideis del frio ni del calor. Vive Dios! y que el diablo cargue con todos!

Miéntas que duró la abundancia en la digna compañía, no se pensó en otra cosa, y armaron francachela sin pensar en el porvenir.

Pero precisamente á causa de esto, pasó pronto el buen tiempo, y la adversidad volvió mas terrible y amenazadora.

Ya Ferluche habia vuelto á la carga, y cada vez, á escepcion de algunos escudos que habia obtenido, se habian aumentado sus observaciones hasta tal punto, que despues de la tercera vez, sabia, ó poco ménos, á qué atenerse respecto de la situacion de su antiguo gefe.

Papelon, por su parte, es preciso convenir en ello, se habia adormecido algo en las delicias de Capua.

En primer lugar, habia pensado en alejar completamente de sí y para siempre á aquellos molestos compañeros de otra época de su vida; luego se habia dejado ablandar y seducir por Ferluche, quien le habia manifestado que su corona *in partibus* no podia tener mas apoyos que aquellos hombres determinados, á quienes conocia, y que estarian piontos á arriesgar la vida por él.

Eso no podia durar.

Papelon sentia devoradas sus entrañas por ese cáncer roedor, al mismo tiempo que el dinero escaseaba en los cofres de Isabel de Baviera.

Era preciso acabar, y el audaz escudero resolvió precipitar el desenlace.

—Amigo,—dijo á Ferluche,—ademas de esos escudos, tenemos buenos consejos que daros; sabed que si no os apresurais á salir del reino, y mas bien hoy que mañana, tendréis ciertamente que ver con las tropas del rey, quienes están coléricas por no haber pedido aprehenderos, lo cual sé por buen conducto.

Ferluche tenia todo el talento necesario para traducir esas frases en lenguaje vulgar, en el cual querian decir:

—“Partid, pronto, huid, si no quereis que os haga llevar á la horca, pena que habeis merecido cien veces.”

La situacion era crítica.

¿Se debia aceptar la guerra, ó hacer un acto de su mision para conservar la paz?

Hubo un consejo para tratar de este punto; y segun la opinion de Ferluche, se resolvieron á la guerra; guerra cautelosa, entiéndase bien, toda de lazos, de sorpresas y de traiciones.

En consecuencia, Ferluche hizo por él y por los suyos la promesa de salir de la buena ciudad de Paris y de sus alrededores, con la resolucion bien firme de permanecer en el asilo que se habian procurado en medio de las tejeras; y al mismo tiempo que formulaban esa promesa, hacian los preparativos para violarla.

—Muchachos,—decia Ferluche á sus compañeros,—los recursos se han agotado, y mas que nunca, Papelon es nuestro guía necesario. No es bastante que consienta en volver á nosotros, si no le obligamos; así, pues, es preciso traerle á viva fuerza, ó tender el cuello al collar de cáñamo que conoceis.

—Y cómo traerle?—gritaron en coro,—cuando no se sabe si está en la tierra ó en el infierno?

—Silencio sobre esto compañeros! Si en estos últimos tiempos os hemos dado camas, vestidos y vituallas, es porque sabemos mejor que vosotros á qué puer-

ta llamar para hallar una buena casa, y aún sabré sacaros del mal paso en que por desgracia hemos vuelto á caer si me prometéis obedecerme.

La promesa fué hecha por aclamacion, y Ferluce tomó sus disposiciones para reconquistar al gefe cuya ausencia comprometia el porvenir de todas aquellas gentes honradas.

Desde su primer encuentro con Papelon en las heladas aguas del Sena, se persuadió de que en un momento dado le seria indispensablemente preciso romper cara á cara con aquel escudero tan magnífico, por razon de que su magnificencia acabaria necesariamente por cansarse de proveer á las necesidades de una banda de malhechores que no podian hacerle ningun servicio, y cuya existencia podria comprometer su seguridad, y por esto estaba tanto mas preparado á la operacion que iba á hacer.

Efectivamente, Papelon comenzaba á cansarse singularmente de las frecuentes apariciones de su antiguo compañero, y no hubiera sentido saber que la banda toda entera habia caído en manos de las tropas del rey.

Acaso hubiera contribuido voluntariamente á ese resultado, y ya habia hecho espiar al astuto Ferluce, á fin de saber donde hallarles, á él y á los otros, en caso de que se resolviera á desembarazarse de ellos.

El Sena seguia presentando una superficie sólida, y Ferluce dispuso su gente de modo que no despertara sospechas.

Todos sus hombres se diseminaron á ciertas distancias.

Unos se agazaparon delante ó detras de los bateles cogidos en el rio, otros se cubrieron con las malezas de la isla de las Vacas, que ocupaba entonces el lugar del terraplen del Puente Nuevo, adelantándose hasta una muy pequeña distancia del sitio donde está hoy el puente de las Artes, y que estaba bordeado de sauces y de chopos.

En cuanto á Ferluce, que se habia constituido gefe de la expedicion, iba de una orilla á otra, envuelto en una capa ancha de una tela gris y gruesa.

A una señal del gefe, todos los bandidos debian salir de sus escondrijos y acudir á él.

Pero pasó casi todo el dia sin que hubiera ninguna señal.

Hacia un hielo de quince grados; todos aquellos desgraciados se morian de frío; pero ninguno pensaba en dejar la partida, porque el golpe debia ser decisivo.

Se trataba para ellos de ser ó de no ser.

Pronto se nubló el dia: aumentó la violencia del norte, y aumentó la intensidad del frío; pero al ménos cada uno de los bandidos pudo dejar su escondite y ejercitar sus miembros, facultad de que usaba la mayor parte, cuando en fin, habiendo llegado completamente la noche, se oyó la señal tan impacientemente esperada.

En un abrir y cerrar de ojos, todos se reunieron al derredor de Ferluce, quien entonces estaba frente á frente con Papelon.

—Cáspita! muchachos,—decia el último,—eso es ocurrir muy seguido por la propina, y no bastaria para vosotros todo el tesoro del rey.

—Y por eso no queremos pedir ya nada,—respondió Ferluce,—y veniamos á rogaros, maestro, que nos ayudeis, no con vuestra escarcela, sino con vuestra ciencia.

—Sí! Ya! Malvados, ladrones, creéis que los escuderos de la reina son gentes de saco y de cuerda como vosotros?

Y como se veía tan estrechado, al hablar así quiso desenvainar su espada; pero apenas habia tocado el puño, cuando Ferluce le echó en la cabeza la ancha capa que llevaba.

Al mismo tiempo, dos hombres le asieron por detras, miéntras que otros dos le cogian de un brazo cada uno, y otro preparaba las fuertes cuerdas que llevaban.

Ménos de un minuto despues, Papelon, atado, enrollado en la capa, y en estado de no hacer el menor movimiento, era llevado, como un bulto de mercancías, en hombros de los dos mas robustos compañeros de la banda, y pronto llegó á la casuca donde sus antiguos asociados habian establecido su domicilio.

—Maestro,—le dijo Ferluce desatando las cuerdas que comprimian sus miembros,—sois demasiado bueno para no perdonarnos lo que acaba de suceder, sabiendo que la necesidad es una ley superior á las demas.

—Ah!—esclamó Papelon á quien habian prudentemente desarmado,—es una necesidad desollar como lo habeis hecho á gentes que os han tratado con largueza?

—Mirad, maestro,—replicó Ferluce,—si no es mucha lástima que nos veamos obligados á no hacer nada teniendo para trabajar una herramienta tan buena!

Y á estas palabras abrió una puerta practicada en una pared que dividía la casuca en dos piezas bastante amplias, y enseñó al escudero todos los útiles y utensilios que habian sacado del hotel de las Torrecillas.

—Por qué no trabajais?

—Así lo hiciéramos si quisiérais decirnos el proceder con que tan milagrosamente cambiáis el plomo y el cobre en oro.

—Muchachos, es una cosa que hemos jurado no revelaros.

—Será preciso, pues, que permanezcáis aquí,—dijo Ferluce,—hasta que hayais hecho una suma bastante para que en mucho tiempo no nos veamos obligados á comenzar de nuevo.

—Por la muerte del diablo!—esclamó Papelon furioso,—dejadme paso inmediatamente, ú os estrangulo como á perros rabiosos.

Y apretaba los puños y parecia buscar con la mirada algun objeto que estuviese á su alcance para hacerse de él una arma, cuando Ferluce, dando con el pié en el suelo, hizo jugar una trampa.

El escudero, que estaba encima, desapareció inmediatamente y fué á rodar en

el fondo de una cueva de la que los bandidos hacian un dormitorio, y la que por consecuencia estaba regada con paja y con heno.

—Maestro!—le gritó el diestro pícaro,—cuando querais poner os á la obra, no tendréis que hacer mas que levantar un poco la voz; y es preciso que no tardeis mucho en hacerlo, porque no tenemos mas que pan y agua por vituallas hoy, y mañana no habrá pan.

Papelon era un pícaro dema-iado astuto para prolongar esa lucha.

Obedeciendo á la necesidad, resolvió poner buena cara en tan malas circunstancias.

Habiéndose levantado de la paja, donde habia caido sin hacerse daño, aunque el golpe fué muy fuerte:

—Muchachos,—gritó,—tended la escala, y os otorgamos una buena paz.

Las trampa se abrió y la escala bajó.

Papelon reapareció en medio de sus compañeros, de los que muchos, armados hasta los dientes, guardaban la salida de la casuca.

—Ah!—dijo,—que enciendan los hornos y que me den los materiales; luego, atrás todo el mundo, y que ninguno quiera sorprender mi obra, porque por mi alma que le irá mal.

Bien pronto se iluminó la casuca con una luz roja y ardiente: la materia entró en fusion en anchos crisoles, y Papelon medio desnudo comenzó á hacer sus ligaduras.

Toda la noche empleó en ese trabajo.

Al amanecer, á escepcion de los centinelas colocados interiormente de modo de impedir toda sorpresa, todos los trabajadores bajaron al dormitorio.

Papelon estaba abrumado de fatiga, y sin embargo, no durmió.

Aunque naturalmente era poco temeroso, segun lo hemos visto, presentia algun mal fin á esa aventura; de ahí es que fué el primero que estuvo de pié, cuando se oyeron los gritos de:

—Alerta! Los soldados del rey!

XI.

La policía bajo Carlos VI.—Prision y fuga de Papelon.—El conde d'Armagnac è Isabel de Baviera.—Rapto de Papelon del hotel de Nesle.—Muerte de Papelon.—Vuelta del duque de Borgoña à Paris.—Isabel y Boisbourdon.

La policía de Paris, bajo el reinado de Carlos VI, era una cosa singularmente organizada.

Gracias á ella, todos los ladrones rateros y asesinos, recorrían libremente y con la frente levantada las calles de la capital.

No habia en ellas peligro mas que para los que no tenian dinero, y eran raros, porque el pillage se habia convertido en una cosa sencilla y que no causaba deshonra.

Así es que los grandes señores se entregaban á él con un ardor particular, y el ejemplo, dado por las clases altas, era seguido por las bajas.

Las cosas llegaron á tal punto que, hácia el fin del siglo XIV, los arrabales, mas espuestos al pillage que las calles del interior, se hicieron inhabitables, segun lo prueba una ordenanza real de aquel tiempo que dice:

“Los que habitan en los lugares llamados arrabales, están muy gravados, y se han retirado de habitar, de vivir y de conservarse en ellos; y por esto están y han empeorado mucho; y se han arruinado muchas y grandes casas, habitaciones y mansiones que estaban allí.”

Lo mas curioso es que, para volver á poblar las partes de la ciudad que se hallaban abandonadas y destruidas, la autoridad real no imaginaba otro medio mejor que el de amnistiar á los asesinos, á los ladrones y á los bandidos de toda especie, á fin de que pudiesen establecerse en los lugares y plazas que ellos mismos habian saqueado.

Eso es lo que resulta de otra ordenanza que manda:

“Volver á poblar esa ciudad despoblada tanto por las guerras, mortandades ó por otras causas que cualesquiera hombres, cualesquiera naciones que fuesen, pudiesen, de ahí en adelante, ir á habitar dicha ciudad y sus arrabales, y que